

1-El 'régimen dominante' hasta diciembre de 2019

El capitalismo se caracteriza desde los 70' por la crisis económica, es decir, por su incapacidad para realizar el plusvalor. Esto se relaciona con la tasa decreciente de ganancia, por el aumento de inversión en capital fijo en relación con el capital variable. Con la deuda se ha conseguido posponer esa crisis – y otras que le siguieron- hasta ahora. También se han aplicado otras medidas como la reubicación de capitales hacia lugares más propicios -ya sea desde un punto de visto económico como ecológico-. Las empresas transnacionales fueron en busca:

- de trabajadores y trabajadoras cuyos salarios fueran bajos, muy bajos, como los de la “China del milagro”; en busca de una prolongación de la jornada laboral, llegando a conjugar plusvalor relativo con plusvalor absoluto: largas jornadas de trabajo de hasta 12, 14, 15, 16 horas al ritmo siempre más rápido que imponen las nuevas tecnologías.

- de legislaciones favorables con escasa o nula reglamentación ambiental. Esto último nos ha conducido al impasse ecológico que amenaza todas las formas de vida del planeta, incluida la humanidad.

También se hicieron recortes en el sector público y muchas empresas nacionales fueron privatizadas, la situación de lxs trabajadorxs empeoró, los sindicatos fueron desmantelados y los precios de los productos básicos aumentaron. Aún así, ni el redisciplinamiento social ni el mayor control del espacio resolvieron la crisis del capital. Por el contrario, se profundizó topándose con varios límites que anuncian su fin: la naturaleza no aguanta esta sobre-explotación y el plusvalor sigue sin realizarse (acumulación terminaria). Del deterioro de las condiciones de vida y de la falta de perspectivas de futuro surgieron las protestas. Sin embargo, muchas de ellas fueron canalizadas por nuevos partidos de izquierda, que proponen soluciones desde la toma del poder sin cuestionar los vínculos entre Estado, capitalismo y el empeoramiento de nuestra existencia. También cabe destacar el surgimiento de la extrema derecha, con un peligroso mensaje de odio hacia las mujeres, los migrantes y las minorías sexuales y étnicas, entre otros.

A pesar de lo anterior, durante 2019 hemos asistido a grandes manifestaciones y levantamientos como en Chile, Ecuador, Francia, Hong-Kong o Cataluña, y de forma más extendida, las luchas de los jóvenes contra el cambio climático y las luchas feministas (que han cobrado fuerza en los últimos años). Si bien sus objetivos fueron y son variados (contra el aumento del precio de la gasolina, el aumento del billete de metro, por la democracia, por un Estado independiente, por el respeto a la naturaleza o contra la violencia hacia las mujeres y minorías sexuales) y muchas de ellas no acaban de llegar al

fondo del problema -el capitalismo como forma de organización social de muerte-, han emergido con fuerza y visibilizado que no todo es aceptable.

2- El COVID-19 y las protestas contra el asesinato de George Floyd

El coronavirus le da más relieve a la contradicción capital/ vida. Por un lado, las relaciones dañinas que tenemos con la naturaleza nos conducen -además del colapso ecológico inminente- a la proliferación de pandemias. Por otro, la paralización forzada de la economía pone en peligro de miseria y muerte a millones de personas en el mundo. Ya se está hablando de grandes hambrunas en los medios de comunicación. A lo que se suma la gran crisis hídrica prevista para 2050. Esta gravísima crisis económica que parece fruto del coronavirus llevaba años latente: no surge con la pandemia, la pandemia la hace salir a la luz. El capitalismo es el origen tanto del virus como de la destrucción de nuestros medios de vida, no la asegura, la destruye. Pero, ¿está esto claro para todos?

Las respuestas de los Estados han variado de un país a otro: algunos optaron por quitarle importancia al virus y mantener en funcionamiento sus economías, otros cerraron todos los sectores excepto los considerados esenciales. Pero la mayoría tienen en común la incapacidad en el control de la pandemia, debido a la destrucción de los sistemas sanitarios en últimas décadas y a la dependencia de material sanitario procedente de China; así como la represión gubernamental llevada a máximos con vigilancia policial, militar y tecnológica, llegando a autoritarismo sin precedentes. El redisciplinamiento que ya estaba en marcha parece acelerarse con las medidas del confinamiento y posconfinamiento: toques de queda, controles policíacos y militares, documentos que justifiquen las salidas, limitación del número de personas en las agrupaciones, distanciamiento social, teletrabajo, etc. Cuando parecía que lo anterior se aceptaba por amplios sectores de la población (porque el virus es real), el asesinato de George Floyd vino a demostrarnos que no era así, supuso una explosión de indignación ante el racismo, ante la violencia estatal y ante esta sociedad de clases en que los muertos están principalmente de un lado.

La situación económica y social que acaba de iniciarse sólo puede agravarse, a pesar de las ayudas que han implementado algunos gobiernos como las rentas básicas, el cese de actividad remunerado, aplazamiento de las rentas, impuestos, hipotecas, etc. En la práctica lo que se ve es que ni llegan a todos los sectores, ni de la misma manera. Para muchas personas son ayudas mínimas que no alcanzan para nada e implican una nueva deuda o retrasar la que ya tenían. ¿Qué ocurrirá cuando lo que por ahora sólo son estadísticas del desastre se convierta en realidad? Dudo mucho que los “desechables” del mundo se queden de brazos cruzados esperando la muerte sin más, habrá más y más levantamientos. Hacia dónde nos lleven dependerá del enfoque que tomen y de la cantidad de personas a las que consigan sensibilizar.

3- Qué hacer- La Comuna

Hay una conexión entre todas las luchas de todos los tiempos y de todos los lugares por la realización de la humanidad y contra lo que la impide. Se inspiran las unas a las otras (como resplandor que abre posibilidades, como proyección de lo que pudiera suceder). Por un lado, hay un aprendizaje, una acumulación de experiencias y saberes. Por otro, tienen efectos a largo plazo, nuestras situaciones políticas, económicas y sociales concretas se enraízan en estas rebeldías. Así, heredamos sus motivaciones, algunos “logros” y sobre todo muchos fracasos. De ahí que, de acuerdo con Edith y Panos debamos romper con el pasado en la práctica, para que lo que inspiró todas estas luchas se realice.

¿Qué hacer? La gran pregunta, la obsesión de Elisabeth Dmitrieff -para ponerla en relación con la Comuna- y pensando más en Chernishenski que en Lenín. Un hacer que tenga en cuenta las reivindicaciones feministas en que la reproducción de la vida, es decir, la vida misma pase por encima de la producción para la ganancia que prioriza la “cosa”, la mercancía y el dinero. Un hacer situado, autogestionado, asambleario, diverso, en que importen las personas -no su género, edad, color de piel o procedencia-, en que la calidad se imponga a la cantidad o llene su vacío, un hacer que mire a la realización de nuestras infinitas capacidades, dándole especial importancia a la recuperación de la naturaleza y a la reconstrucción de nuestra relación con ella. Sin esto último, no hay demasiadas perspectivas para la humanidad. En lo concreto, ¿cómo hacerlo? Creo que a medida que la crisis vaya apretándonos más, irán surgiendo más asociaciones solidarias como las que ya se dieron durante el confinamiento: redes de apoyo, huertos urbanos o comunitarios, comedores sociales, producción cooperativa, socialización de salarios, etc. Y como el capitalismo está mutando -como dice Gustavo Esteva-, con un pie ya en otro “régimen”, posiblemente mucho peor aún, aunque cueste creerlo, luchar no sólo contra el capitalismo sino contra cualquier forma de dominación.